

## DEL FRUTO QUÍNTUPLE DEL ARREPENTIMIENTO

Pilgram Marbeck

### Introducción

Fuente: Fast, *Linker Flügel*, pág. 103 y ss: extractado del manuscrito inédito Kunstbacht.

*Pilgram Marbeck llegó a su condición de líder del anabaptismo en el sur de Alemania durante la "segunda generación". Desarrolló una obra no de descubrimiento sino de profundización y consolidación<sup>1</sup>. A diferencia de los de Menno, sus escritos no fueron publicados sino que llegaron hasta nosotros en forma manuscrita. Los principales son extensos debates de los cuales es difícil extraer antologías, y epístolas que corresponden a particulares ocasiones.*

*La presente epístola reúne dos elementos característicos de la polémica anabaptista frente a la práctica penitencial tradicional. Describe la sustancia subjetiva del arrepentimiento más profundamente que B. Hubmaier<sup>2</sup>. No se preocupa menos que Hubmaier por la dimensión moral o eclesial del arrepentimiento que produce una vida renovada; sin embargo, se interesa más que aquél en los requisitos de la conciencia. En esto no se halla muy lejos de Lutero o de Denck. En tal sentido, los "frutos" no son resultados o evidencias del arrepentimiento sino elementos de la conciencia o de la confesión del arrepentido.*

*Por otro lado, se opone a toda excusa del pecado basada en la tentación o en las condiciones. No hay perdón para quien no confiese su propia culpa. No hay arrepentimiento si uno echa la culpa de su pecado sobre el destino, sobre el Creador o aun sobre el mismo diablo. No obstante, el pecado no es algo individual; Marbeck desarrolla una teoría original del "dios de maldad", casi increado y autónomo, a la imagen del verdadero Dios que imita y combate. También en ese concepto vivo y un tanto especulativo de la obra del "príncipe de este mundo", se encuentra próximo a Lutero y a los espiritualistas. Así existe como una "cosmovisión arrepentida" que afirma el honor de Dios, la malevolencia engañadora de Satanás y la debilidad y culpa propias<sup>3</sup>.*

*Comparte con los anabaptistas anteriores la exigencia de la confesión ante el hermano<sup>4</sup>. Sin embargo, también esta práctica adquiere un aspecto más psicológico. Tiene su base no meramente en el mandato de Jesús y en la preocupación por la santidad de la Iglesia, sino también en la autenticidad del arrepentimiento. Si estoy genuinamente arrepentido, estaré dispuesto a perdonar y a no divulgar los pecados del hermano (así como Dios lo ha hecho conmigo); confesaré espontáneamente mis pecados antes de que sean revelados por los acontecimientos.*

## **EPÍSTOLA SOBRE EL QUÍNTUPLE FRUTO DEL ARREPENTIMIENTO VERDADERO**

La gracia de Nuestro Señor Jesucristo y su misericordia sean sobre vosotros y con vosotros y con todos aquellos que viven en la pobreza de espíritu. Amén.

Con fundamento agradecemos a Dios nuestro padre celestial cuando alguien padece tribulaciones a causa de sus pecados. [Cuando hay seres] que, por la gracia, vuelven al verdadero arrepentimiento y se presentan con contrición y dolor ante Cristo, el trono de la gracia, merced a la cual reciben gracia por gracia. Porque la ley de la venganza ha sido dada por Moisés. La gracia y la verdad han sido [otorgadas] por Cristo<sup>1</sup>. Esa gracia y verdad conducen, a su vez, al verdadero consuelo, a la verdadera paz y a la alegría del Espíritu Santo. Sólo en ese Espíritu Santo está —por el sacrificio de la muerte en la cruz y por el derramamiento de la sangre de Cristo— el perdón de los pecados; [pe-

ro eso significa que sólo está] en la comunión de los santos, que es la única a la cual Cristo se lo ha concedido y otorgado.

Por eso dice Pablo: el pan que nosotros bendecimos (eso equivale a: decir bien, alabar a nuestro Dios y agradecerle), es la comunión del cuerpo de Cristo, y la copa de bendición que nosotros agradecemos, entiéndase, a nuestro Dios por el perdón del pecado, es la comunión de la sangre de Cristo<sup>2</sup>. Por ello, fuera de la comunión de Cristo no hay perdón de los pecados, por mucho que el mundo se gloríe, con falsa gloria, de la gracia y del perdón de los pecados. Se escribe esto para que sepáis recibir una confirmación correcta y verdadera de vuestra esperanza de perdón e indulgencia del pecado y hagáis frutos dignos de arrepentimiento, para escapar a la futura ira divina, a fin de que no seáis incluidos entre la generación de víboras<sup>3</sup>.

Esta generación y especie responde a la ley de la maldición y esta condenada y anatémizada por la eternidad. Y aunque esa generación se arrepienta mil veces hipócritamente confesando sus pecados y haga profesión de la disciplina de Cristo, la ponzoña viperina permanecerá en ellos, para envenenar con futura maldad a otros semejantes a ellos y para escandalizarlos. A pesar de todo caen de un pecado en el otro. Por mucho que se los prevenga, se los reprenda, se los castigue y se los exhorte, será todo en vano y toda su idea no será otra que la de seducirse y engañarse a sí mismos y a los demás. Acerca de esa generación ha pronunciado Juan el Bautista<sup>4</sup> palabras terribles, cuando dice: "¡Generación de víboras! ¿Quién os enseñó a huir de la ira venidera de Dios? No digáis que sois hijos de Abraham, porque Dios puede levantar hijos a Abraham aun de las piedras". Esto equivale a decir: no te gloríes de ser de la estirpe de Cristo (o sea de la semilla de la palabra). Porque aún hoy el hacha apunta a la raíz de esos árboles desnudos, estériles y doblemente muertos (aun cuando reverdezcan a la apariencia de la palabra), para voltearlos, sobre todo cuando no hay trabajo, ni excavación, ni labranza que pueda salvar a árboles como esos. Por más que Cristo se acerque a ellos, sólo encontrará su nombre, por así decirlo, sólo encontrará hojas verdes (que, por cierto, no sirven para la sanidad de las naciones<sup>5</sup>, a pesar de que responden al nombre de Cristo) y ningún fruto. Para ellos reza la maldición de Cristo al igual que para la higuera<sup>6</sup>. Porque cuando Cristo llega con hambre (es decir, cuando desea y busca el fruto), pero no encuentra el fruto no puede resultar otra cosa que una maldición igual a la de la higuera, de modo que uno se seca y (como los

árboles hachados, que no han producido frutos en la vida de Cristo) es preparado para el fuego.

Escribo esto para que atendamos los testimonios de nuestros corazones, a fin de que, cuando pequemos, hagamos y produzcamos dignos frutos de arrepentimiento, y para que la ira de Dios y la maldición de Cristo no caiga sobre nosotros para nuestra perdición, como caerá indudablemente sobre todos los enemigos de Dios, con lo que el posterior estado será peor que el primero<sup>7</sup>. Sobre ellos clama también venganza el salmista David, cuando dice: "Señor, haz que sobre ellos caiga un delito tras otro; haz que su convite sea un lazo"<sup>8</sup>. Porque no puede encontrarse castigo peor que el de caer de un delito y pecado en el otro, y no obstante creer que se comparte la mesa de Cristo, cuando sólo están y permanecen ante su propio convite, transformado en lazo únicamente para sí<sup>9</sup> y nada comen de la mesa del Señor. A pesar de haber sido invitados<sup>10</sup> han concurrido a la comida de bodas con las ropas sucias, por lo cual no paladearán la cena del Señor por la eternidad sino que comerán su propia comida en el convite transformado para ellos en lazo, de modo que serán anatémizados y condenados a entrar en la justicia, como dice y ruega el salmista: "Salgan condenados cuando se les administre justicia", etc. Y como dice y ordena el Señor, esos seres infames serán arrojados, atados de pies y manos, a las tinieblas de afuera, etc.<sup>11</sup>. Felices de aquellos que permiten que las palabras del Señor los atemorizen y que se horrorizan seriamente ante ellas. Ellos están cerca de la salvación, porque son preparados y conducidos a Cristo por los frutos dignos de arrepentimiento, porque él les ha concedido por la gracia. Ese fruto del arrepentimiento se confirma en el padecimiento, la tristeza, el temor y el dolor de conciencia, en el dolor del corazón y en los dignos frutos de arrepentimiento.

### **El primer fruto del verdadero arrepentimiento**

Es que el pecador se reconozca acreedor de la muerte eterna, bajo la severa y seria justicia y la iracunda venganza de Dios; que se avergüence cabalmente, que se vea a sí mismo completamente fracasado y deshecho, con temor y temblor ante los ojos de Dios, indefenso, desconsolado, totalmente abandonado por todas las criaturas de la tierra; que ya no tenga ni conozca, busque o reconozca ayuda en sí mismo ni en nada, sólo el pecado y la culpa que lo precipitan al infierno con el diablo y su séquito. Ése es el primero y más amargo de los frutos del verdadero arre-

pentimiento, para que probemos y experimentemos —antes de [gustar] todos los demás— cuáles son los frutos que nos depara el pecado que hemos cometido y para que lo probemos y saboreemos por primera vez. Sí, antes que ningún otro, un verdadero arrepentido debe saborear el fruto que él mismo ha trabajado y sembrado<sup>12</sup> (a través del engaño y del pecado). Pues lo que cada cual sembrase, eso cosechará o segará<sup>13</sup>. Porque todos los dolores, miedos y angustias, padecimientos y la muerte eterna son el verdadero fruto y recompensa, más aún, el pago del pecado que reciben todos los pecadores que no han acogido la gracia y con el cual son arrojados a la condenación eterna. Y quien no encuentre a Cristo en esta humillación (es decir en este verdadero bautismo para el perdón de los pecados), no lo encontrará eternamente en las alturas, en la alegría y la gloria. Porque el que descendió es el mismo que también subió<sup>14</sup>. Porque quien quiera comer este cordero pascual, deberá comer junto con él sales muy amargas<sup>15</sup>. Empero, depende de la libre gracia de Dios, el que se permita gustar o no [al hombre], aun cuando éste paladee la amargura inocente el cordero de Dios, que quita los pecados del mundo. Aun cuando bebemos el cáliz del dolor culpable no por ello estamos destinados al Reino de Dios<sup>16</sup>. Porque Caín, Esaú, Judas y muchos otros experimentaron —como todos los pecadores— la amargura y, sin embargo, les fue eternamente vedado paladear el cordero. Por eso, quien quiera considerar la bondad de Dios, considere primero la severidad<sup>17</sup>. Ésta ha sido la breve referencia al primer fruto del arrepentimiento.

### El segundo fruto del arrepentimiento

[Es que] Dios, al mismo tiempo que condena, hace brillar un pequeño resplandor de esperanza de perdón para que el pecador espere la gracia con paciencia y así se percate de que no puede preñar ni robar a Dios su gracia. Entretanto considera la vacilación divina y la ausencia de la gracia del consuelo y de la paz [proporcionada] por el Espíritu Santo, como [beneficio] para su salvación, hasta que la luz —hasta que el día de la gracia junto al estanque del agua de la gracia— brille y [el agua] sea agitada, para brindar [al enfermo] la esperanza de curación<sup>18</sup>, o hasta que Cristo lo encuentre después de 38 años de enfermedad en el pórtico de Salomón<sup>19</sup>, esperanzado y paciente, para apiadarse de él. Entonces le quitará el dolor del pecado, el miedo y la angustia de la conciencia, así como el pecado, y lo otorgará y dará paz y alegría en el Espíritu Santo. ¡Ay Dios, qué impacien-

tes somos al esperar tu consuelo! Consideramos que tienes que caer inmediatamente a nuestros pies, con su consuelo y misericordia, que sólo hace falta que reconozcamos el pecado y nos inventemos un dolor y un falso arrepentimiento para ser aceptados en la comunión de Cristo. Creemos que con eso está todo en orden. Quien piense así se equivocará gravemente y se engañará a sí mismo.

### **El tercer fruto del verdadero arrepentimiento**

Es que el pecador sufre más por lo que ha hecho contra Dios, que por lo que debe padecer a causa de eso. Así (esperando la gracia divina), no aspira a que Dios lo libere de la cruz y del sufrimiento, hasta que en su dolor desee (como el ladrón de la derecha) que Dios se apiade de él. Porque aquel malhechor no pensaba en liberarse de la cruz de la muerte, mientras que el ladrón malvado de la izquierda (al cual el otro reprendió, reprochándole que no temiera ni a Dios, mientras que él mismo encomendó su culpa a Cristo) dijo: "Si tú eres el hijo de Dios, sálvate a ti mismo y a nosotros"<sup>20</sup>. Así proceden aún hoy los viperinos arrepentidos, a quienes sólo les duele el tener que padecer por el pecado y no les duele el pecado mismo, por el cual han merecido el padecimiento. Pero los verdaderos arrepentidos no desean librarse del sufrimiento merecido, sino del pecado. Encomiendan su culpa a la intercesión de la inocencia de Cristo, reconocen que padecen con justicia y por propia culpa y que el Señor Jesucristo ha padecido inocentemente por nuestros pecados, y esperan así con toda paciencia a ser también redimidos del padecimiento por aquél que los redimiera de sus pecados y [aspiran] a no cometer nunca más un pecado, para poder vivir, en adelante, complaciendo en un todo a su Dios. Esto es lo que puede decirse acerca del tercer fruto del arrepentimiento.

### **El cuarto fruto del arrepentimiento**

Aun cuando el pecado permanece en nosotros (por el primer nacimiento, como hijos de Adán), el verdadero arrepentido no le permite gobernar, porque sigue sufriendo con la inocencia de Cristo en la cruz, por causa del pecado. Porque, ¿qué delincuente ambiciona o sigue cometiendo el delito cuando está prisionero y padece martirios por su delito, a no ser que esté desafortunadamente desesperado? ¡Cuánto menos dejarán estos pecadores gobernar al pecado, siendo que son verdaderos

prisioneros de Dios y que sufren el martirio en la conciencia por causa del pecado y no tienen un consuelo cierto, sino que simplemente desean liberarse del pecado! Sería un gran ultraje a Dios y una petulancia al cometer pecados mientras se hace penitencia, se está prisionero en la conciencia y se confía en la redención. Por ello el verdadero penitente no permite que el pecado gobierne, sino que —junto con el arrepentimiento (si es que se trata de un arrepentimiento real y firme)— acepta la orden de Cristo de no volverlo a cometer, para que el postrer estado no sea peor que el primero<sup>21</sup>. Porque el arrepentimiento supremo, mas grande y más provechoso consiste en vivir, en adelante, según la voluntad de Dios y no en la maldad. Sin esto, todo arrepentimiento es inútil y se está crucificando al hijo de Dios y pisoteándolo<sup>22</sup>.

### **El quinto fruto del arrepentimiento**

[Es que] uno no culpe de sus pecados a ninguna criatura en el cielo y en la tierra o que la señale como causa de los mismos, por ejemplo, de esta manera: si no hubiera ocurrido esto o aquello, yo hubiera sido tan recto que no lo habría cometido. Porque la maldad original sólo surge de la autonomía<sup>23</sup>. Tiene su origen en sí misma y por sí misma, como si hubiera existido por toda la eternidad, como un dios falso y embustero que de sí mismo pretende merecer una eternidad de honores verdaderamente divinos; un ladrón y asesino, que roba todos los honores al Dios verdadero y asesina a los hombres que honran al Dios verdadero. Así se trasforma en el principio de la maldad, en padre de los asesinos, de las mentiras y de toda la maldad y bellaquería, en enemigo de todo lo bueno y amante de todo lo malo. En consecuencia, es señor, dios y soberano de todos los dolores que lleva y tiene en sí mismo, a causa de la maldad. El pecado, la muerte y el infierno siguen a su dios. Porque la bellaquería y toda la maldad es —como ya se dijera— un dios aparte, que no ha sido creado, que se ha hecho a sí mismo (al igual que el Dios eterno y verdadero) de la nada, como si la maldad (junto con su dios) existiera desde la eternidad. De modo que ese dios (como príncipe del mundo) permanece para siempre en su propiedad<sup>24</sup>. El infierno, la muerte y el pecado, junto con todos los dolores, lo siguen como su dios. Por ello, quien señala a cualquier criatura del cielo y de la tierra como causa de su pecado, bellaquería y maldad, para así justificarse, estaría culpando a su propio Dios, creador y hacedor de todas las criaturas, a pesar de que esas criaturas han sido creadas para todo lo bueno. Pre-

cisamente eso equivale a blasfemar contra Dios, como si uno dijera: si Dios no existiera yo no habré pecado. La verdad es todo lo contrario: si el dios malvado (su maldad y toda mi propia maldad) no existiera, tampoco existiría el pecado, pero quien se quiera excusar así con cualquier [otra] causa del pecado, estará deseando que en lugar del verdadero Dios, con sus buenas criaturas, estuviera el embustero y hacedor de la maldad. Pero el fruto del verdadero arrepentimiento es que Dios y todas sus criaturas sean tenidos por verdaderos y buenos, como que Él es bueno y verdadero. Sí, es preferible que todos los hombres sean mentirosos y Dios veraz, como dice Pablo<sup>25</sup>. Pero la naturaleza viperina y su veneno están colmados de esas excusas, para esconderse y transferir a otros su culpa. Allí donde existe ese veneno oculto, no puede darse nunca un digno fruto de arrepentimiento, sino que hay que confesar y decir con David: "Señor, yo, yo mismo soy el bellaco".

Por eso, Dios mío, no responsabilices de mis pecados a ninguna creación de tu mano, por cualquier causa que sea, ni la castigues por ellos; yo, yo, yo, merezco con justicia toda la culpa, todo el dolor y el castigo<sup>26</sup>. Porque yo he seguido siempre al mismo príncipe, el dios de toda la maldad, y he prestado mi adhesión por propia petulancia. Porque tú eres siempre mi Dios, Señor y Redentor, que has reconquistado para mí y para todos los hombres el poder y la capacidad de resistir a todo mal y nos los has otorgado y confendo. Por eso, yo mismo he vuelto a entregar petulantemente ese poder conquistado por ti, [he entregado] tu juicio y tu justicia —con lo cual has juzgado, dominado y sometido a los príncipes de este mundo— al enemigo de mi salvación y he permitido que éste gobierne sobre mí con su maldad y su picardía. Él ha vuelto a hacerme su prisionero y me ha quitado el poder. De modo que he vuelto a perder el poder que tu conquistaste, tu juicio, tu verdad y toda la justicia y se los he entregado a aquél al cual tu has sometido por su fuerza y de quien has reconquistado todas sus armas, a más del poder y los bienes, que él ha robado al género humano, [y los has hecho] para otorgarnoslos nuevamente a modo de botín, para distribuir [el producto de] su robo y restituirmos el poder, la soberanía y la fuerza. Yo debería haberlos conservado y debería haber vigilado mejor la salvación de mi alma. Yo me quedé dormido, hasta que el enemigo, ladrón y asesino, socavó mi casa y, por medio del engaño, sembró cizaña en mi corazón, de modo que el derrumbe de mi casa es grande<sup>27</sup>. No será restaurada y tampoco tienen cura mi corazón y mi alma. Tú, Señor Jesucristo, te muestras en medio del derrumbe y a través de las grietas. Espero de tu mise-



ricordia y gracia que me salves y redimas nuevamente de las manos de mi enemigo, que levantes nuevamente mi casa, que arranques nuevamente la cizaña de mi corazón, que te apiades de mi miseria y grande pobreza y que seas generoso conmigo, pobre pecador.

Y así como yo quise que Dios ocultara mi pecado, que no calculara la magnitud de mi culpa y perdonara mi transgresión, de la misma manera estaré dispuesto a hacer lo mismo, en el arrepentimiento verdadero, respecto a todas las criaturas y a no revelar o confesar el pecado de ningún otro hombre, si Dios no lo ha puesto en descubierto antes, no ha dado testimonio del mismo y lo ha revelado por acto externo<sup>28</sup>. Mas aquel que confiesa y saca a luz los pecados de otro, sólo después de que ya le han sacado a luz y revelado sus propios pecados —aun cuando podría haberlo hecho antes (según la orden de Cristo<sup>29</sup>), pero no se ha sometido a ese mandato— ése está procediendo como el mundo entero, que dice "Ah, yo no soy el único ni el primero; otros han hecho esto y aquello y lo de más allá, o lo siguen haciendo". Está descubriendo los pecados y sacándolos a luz contra toda disposición divina, cuando podía haberlo hecho —según la orden de Dios— antes de que fueran reveladas su propia culpa e ignominia. Pero sólo lo hace cuando Dios le saca a luz sus pecados, se los revela y lo hace fracasar. Así ataca la generación viperina a Dios y al Espíritu Santo en su misterio y revela su propia ignominia y su pecado, para encubrirse.

Para la doctrina y para la purificación de nuestra conciencia habría aún mucho que diferenciar en lo que respecta al verdadero y al falso arrepentimiento. Dios, nuestro Padre Celestial y el Señor Jesucristo nos conceda la gracia de que nos humillemos debidamente ante la gran eminencia y bondad de nuestro Padre y de que nos presentemos y confesemos sin una falsedad de nuestro espíritu; sí, de que nos revelemos, confesemos y presentemos rectamente. Nunca nos humillaremos lo bastante ante nuestro Dios, contra el cual hemos pecado. Y allí donde se encuentra ese arrepentimiento, la verdadera tristeza y el verdadero dolor en el pecador, allí se produce un arrepentimiento del cual nadie se arrepentirá más<sup>30</sup>, y si recrudece el pecado, así en el dolor (no digo en la obra de la maldad), también recrudece la gracia<sup>31</sup>. Sin eso resta el eterno arrepentimiento, el dolor y la angustia de la conciencia a más del eterno padecimiento, cuando se abandone lo recto y lo bueno y se incurra en mentiras, pecados y maldades, a más de todas las injusticias.

Recibid, pues, por favor, esta exhortación y memoria, junto con otros escritos sagrados<sup>32</sup>, que no nos encaminan contra la disciplina

y la obediencia de la palabra de verdad, sino que nos introducen en ella y nos señalan lo que sirve para alabanza de Dios y para salvación de nuestra alma. Aun cuando nos depare arrepentimiento, dolor y tristeza, nadie experimentará y recibirá un daño: sólo aquellos que se obstinen y desesperen petulantemente y que no honren a Dios. Porque siempre se ve toda disciplina, castigo y reproche de la conciencia —y también todos los dolores del espíritu, el alma y el cuerpo que sirven a la purificación—, como algo triste y, cuando se está en medio de ellos, como una pesada angustia. Pero después, dice Pablo, producen el apacible fruto de la eterna salvación<sup>33</sup>.

Así que os ruego aceptéis mi escrito para vuestro mejoramiento y el de todos nosotros y que esperéis de todo eso el consuelo de la fuerza, la paz, la gracia y el amor, con verdadera esperanza y paciencia. Ruego a Dios nuestro Padre Celestial y al Señor Jesucristo, que nos otorgue y nos brinde —a vosotros y también a nosotros— el efecto y la inspiración del Espíritu Santo, para esperar tal cosa. Amén. Amén. Amén.

La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea vuestro consuelo y el de todos nosotros. En Él podremos volver a alegrarnos nuevamente con vosotros en la verdad y regocijarnos y consolarnos de nuestra tristeza. Amén.

Fechado en Augsburgo, 2 de agosto del año 1550.

En el Señor Jesucristo  
Un servidor vuestro y de todos los verdaderos creyentes  
y compañero en toda tribulación, que está en Cristo.  
Pilgram Marbeck

## NOTAS A LA INTRODUCCIÓN

<sup>1</sup> Véase la "Introducción" (págs. 27-30) y el artículo "Marbeck" en *Mennonite Encyclopaedia*, tomo III; también William Klassen, *Covenant and Community; The Life, Writings and Hermeneutics of Pilgram Marbeck*, Grand Rapids, Erdmans, 1968.

<sup>2</sup> Compárese con *De la amonestación fraterna* (págs. 190-203).

<sup>3</sup> El concepto de rechazar la acusación de que Dios sea el autor de lo malo, corresponde al argumento de Denck, lo que se pretende que digan las Escrituras, págs. 206-208.

<sup>4</sup> Cf. las referencias a la "Regla de Cristo" en Grebel (págs. 132 y 137-138) y Hubmaier (págs. 184-185 y 191-202). Marbeck dice "orden de Cristo".

## NOTAS AL TEXTO

<sup>1</sup> Jn 1: 16 s.

<sup>2</sup> 1 Co 10: 10 ss.

<sup>3</sup> Mt 3: 7 (par. Lc 3: 7, Mt 12: 34, 23: 33).

<sup>4</sup> *Busstäuffer*: literalmente "que practicaba el bautismo de arrepentimiento".

<sup>5</sup> Ap 22: 2.

<sup>6</sup> Mt 21: 18s.

<sup>7</sup> Lc 11: 29ss.

<sup>8</sup> Marbeck yuxtapone elementos de los salmos 27 y 22; compárese con Ro 11: 9.

<sup>9</sup> 1 Co 11: 29.

<sup>10</sup> Mt 22: 2s; Lc 14: 16 ss.

<sup>11</sup> Mt 22: 13.

<sup>12</sup> Una nota en el margen añade: "No basta decir meramente: 'Deseo arrepentirme y confesar mis pecados'. Es preciso reconocer cuáles son los frutos que produce [el arrepentimiento]".

<sup>13</sup> Gl 6: 7.

<sup>14</sup> Ef 4: 9s.

<sup>15</sup> Ex 12: 8.

<sup>16</sup> Otra acotación: "Hay que gloriarse no del sufrimiento sino de la gloria; porque todo sufrimiento proviene del pecado y de la culpa".

<sup>17</sup> Ro 11: 22.

<sup>18</sup> Jn 5: 1: expresión simbólica del concepto de esperar la obra salvífica del Espíritu.

<sup>19</sup> Jn. 5: 5 habla de "pórticos" en Betesda: 10: 23 del "pórtico de Salomón": Marbeck confunde las dos referencias.

<sup>20</sup> Lc 23: 39ss.

<sup>21</sup> Lc 11: 26.

<sup>22</sup> Heb 6: 4ss; 10: 26ss.

<sup>23</sup> *Selbst-Eigentum*: literalmente "propiedad", el poseerse a sí mismo, el egoísmo.

<sup>24</sup> Otra vez "propiedad" significa no "lo que uno posee" sino el hecho de buscar lo propio, la autosoberanía.

<sup>25</sup> Sal 115: 1; Ro 3: 4.

<sup>26</sup> A pesar de tener resonancias de 1 Sam 12: 13 y Sal 51: 4, no se trata de una cita. David como salmista es concebido como el hombre piadoso modelo: por lo tanto, es conveniente, poner en su boca su propia confesión.

<sup>27</sup> Se combinan alusiones a Mt 7: 27; 13: 25 y 24: 43.

<sup>28</sup> El texto no es claro. Se trata de mantener en secreto el pecado del hermano, salvo el caso donde lo revelaran los acontecimientos: uno tiene que hablar del hermano mismo (Mt 18: 15) y no públicamente. Tal deber de mantener en reserva las ofensas de otros se basa en el perdón divino.

<sup>29</sup> Al mismo tiempo el creyente tiene el deber de confesar sus propios pecados sin esperar que sean revelados. Marbeck parece describir el caso de alguien que se responsabiliza por su prójimo sólo después de ser acusado personalmente. "Orden de Cristo" significa otra vez el procedimiento de Mt 18: 15.

<sup>30</sup> 2 Co 7: 10.

<sup>31</sup> Ro 5: 20.

<sup>32</sup> El término "escritos sagrados" parece cubrir al mismo tiempo el texto bíblico mismo y los esfuerzos contemporáneos por interpretarlo.

<sup>33</sup> 2 Co 4: 17.